*Saludo cordialmente a la presidencia, a las autoridades presentes y a todos los participantes.*

Me siento muy afortunado por haber sido reconocido en los premios *Razón Abierta 2025*, y lo siento y recibo como un estímulo para seguir prosperando en la misión a la que nos convoca nuestra fe. Quiero agradecer la generosa concesión de esta *Mención de Honor* a sus organizadores: La *Fundación Vaticana Joseph Ratzinger- Benedicto XVI,* así como a la *Universidad Francisco de Vitoria*.

La obra galardonada no hubiera sido posible sin la inspiración recibida durante estos últimos e inolvidables años de labor en mi querida Universidad Francisco de Vitoria. Dentro de la Facultad de Comunicación he podido desarrollar con tiempo y apoyo una visión de la experiencia estética que quería ir más allá del mero acopio de saber académico y especulación científica. Muchos han sido los que me han ayudado a prosperar por un camino de investigación humanística: su rector, Daniel Sada, su capellán, el Padre Florencio, la decana, Paula Puceiro y la vicerrectora María Lacalle.

La vocación del profesor acontece en el otro, en la persona; no en el logro de un libro o de una teoría o una patente, porque el avance en la investigación no está únicamente relacionado con proponer algo nuevo e inédito; está más bien vinculado a atender las necesidades del alumno, un universo profundo y único que reclama un interés que no debemos tasar exclusivamente como actualización de saberes en el aula. Acompañar al estudiante significa entender que es en el interior de su ser donde debemos impactar con una investigación que le ayude a transformarse en aquello a lo que está llamado en la historia de salvación compartida con Cristo.

No hay mejor innovación que provocar a un joven su curiosidad; no hay mejor descubrimiento para la humanidad que saber desencadenar el talento de un adolescente. Debemos reivindicar la provocación socrática como inspiración para aplicarla en todos los posibles campos de conocimiento humano, pues más allá del saber, nuestra labor debe estar relacionada con la sensibilización de una *honda mirada* metafísica en el alumno. El método es antiguo, pero es su aplicación el reto al que estamos llamados investigadores y profesores.

*Insolente belleza* tiene la pretensión de transformar al alumno más allá de lo intelectual, se trata de despertar a la persona toda, en todos sus ámbitos y fértiles capacidades; conflictos internos y profundas contradicciones. La imagen, en forma de asombrosa obra maestra, nos sacude porque nos recuerda quienes fuimos, somos y podemos llegar a ser.

*Insolente belleza* es la del arte contemporáneo, por supuesto, pero reparemos en un pequeño detalle: el arte de cada época conmueve de manera insolente y nueva a las personas que habitaron precisamente ese momento y no otro. El Giotto, El Greco, Caravaggio…todos exhibieron en su época la insolente belleza del escándalo del Dios linchado y crucificado. La insoportable escena de un despojo humano que es misterio, que es amor, y que asombrosamente es a la vez salvación, es una visión a la que no deberíamos acostumbrarnos como turistas en un museo.

Frente a la *voluntad de poder* con la que Nietzsche prejuzga a la naturaleza humana, podríamos decir que los artistas a través de sus obras reivindican más bien a Víctor Frankl y la *voluntad de sentido* que históricamente expresa la condición humana en su constante búsqueda de los trascendentales.

Uno de los dones más misteriosos que se nos ha concedido a los seres humanos es el pensamiento simbólico, la habilidad para representar ideas a través de imágenes o lenguaje, convocando lo abstracto y lo ausente. El origen de la escritura es la imagen porque en ella reside el símbolo; la poderosa metáfora en la parábola de la que se servía Jesús cuando entró a la historia. Nuestro lenguaje sirve para representar imágenes que atienden a todas las dimensiones que nos convierten en humanos: Es narración y conocimiento; por supuesto es conmoción estética, también es memoria e identidad registrada en nuestros seres más queridos, y es, por supuesto, revelación de lo sagrado porque nos ayuda a salir de la limitada lógica para intuir lo infinito.

El poeta crea imágenes, no son ilusiones, es el resplandor de la verdad a través de la belleza que toca el alma de aquel dispuesto a contemplar, a meditar sobre la llamada que toda persona siente cuando tiene la madurez para hacerse la pregunta por el sentido, y así, acusar el anhelo de Dios y al *homo religiosus* que late en nuestro corazón. En tiempos de posmodernidad la espiritualidad emerge para sustituir a las ideologías sofistas, y la belleza insolente y provocadora de la obra de arte contemporánea bien nos puede recordar que estamos llamados a la plenitud en Cristo, pues tal y como Benedicto XVI proponía en 2009 a los artistas en la Capilla Sixtina: “*El arte, en todas sus expresiones, en el momento en el que se confronta con las grandes interrogantes de la existencia, con los temas fundamentales de los cuales deriva el sentido de vivir, puede asumir una validez religiosa y transformarse en un recorrido de profunda reflexión interior y de espiritualidad”.*